

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II. VERS. 2 Y 3)

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

LA PARÁBOLA DE LA CENA.

Un hombre hizo una cena esplendida y convidó á muchos. Llegada que fué la hora de cenar, envió uno de sus siervos á decir á los convidados que viniesen porque todo estaba preparado. Y todos á una comenaron á escusarse. El primero dijo: he comprado una granja y necesito ir á verla: te ruego me tengas por escusado. Y dijo otro: he comprado cinco parejas de bueyes y quiero ir á probarlas: te ruego me tengas por escusado. Y dijo el último: he tomado mujer y no puedo ir allá. Oídas las excusas de los invitados, regresó el siervo y dió cuenta á su Señor de todo lo ocurrido. Enojado el Padre de familias dijo á su siervo: Sal al punto, recorre las calles y plazas de la ciudad, y tráeme aquí cuantos pobres, ciegos y lisiados hallares. Cumplido el encargo, vino el criado y dijo: Señor hecho está lo que mandaste: Entró el Señor en la sala del banquete y dijo á los que allí estaban. En verdad, en verdad os digo

que ninguno de aquellos hombres que han sido llamados y no quisieron venir, gustará mi cena. Hé aquí la explicación de la parábola. El padre de familias, hombre rico y generoso es Jesucristo, los convidados son todos los hombres, y especialmente los cristianos, los criados ó ministros que salen en busca de los invitados son los sacerdotes, y la gran cena que el hombre rico y espléndido tenia preparada, es la sacratísima Eucaristía, es el mismo Jesucristo, pan vivo que descendió del cielo para ser nuestra luz, nuestra fuerza, nuestra vida y nuestra felicidad. Pero ¡oh dolor! nosotros que somos los llamados con tanto amor, quizá nos hacemos sordos al llamamiento amorosísimo de Dios, y no faltarán cristianos que rechacen ingratos la tierna invitacion de Jesús, ó que alegando excusas inadmisibles se nieguen á presentarse en el banquete eucarístico. Despreciada la bondad, recobra sus fueros la justicia; porque no podemos huir de Dios, nó podemos escapar de sus manos. Si huimos de su

bondad, vamos á caer en las manos de su justicia, si no aceptamos sus dones, si desdenamos sus bondades, si rehusamos tomar asiento en este delicado banquete de la tierra, en verdad, en verdad os digo que no gustaremos la eternas delicias del cielo. En efecto; la sagrada eucaristía, alimento divino de las almas, es indispensable para lograr un asiento en el eterno banquete de la gloria.

Cena grande es la Eucaristía, grande por el tiempo en que fué instituida, grande porque es el mayor de los milagros, como afirma Santo Tomás, grande por el fin de su institución, grande por los manjares que se comen, grande porque la preparó el sólo grande, el Hombre Dios, grande la dispuso para todos los tiempos, para todos los hombres para todas las generaciones que crean en él y responden á su llamamiento, grande por los frutos que produce en las almas y por la vida que comunica á la familia, y á la sociedad.

Homo quidanfecit cœnam magnam.

Todos son llamados á saborear las delicias del divino banquete. Aquí es donde se realiza la más sublime fraternidad. Son llamados el grande y el pequeño, el rico y el pobre, el noble y el plebeyo, el rey y el vasallo y todos caben en el festín de la caridad.

Et vocavit multos. Todos son llamados, á todos convida Jesucristo, sus ministros levantan la voz para decir á todos en nombre del Señor que vengan, porque el convite está preparado. Comed, amigos, y bebed hasta la saciedad, comed este pan que da la vida y bebed este vino que alegra el corazón. *Comedite, bibeti,*

amici, et inebriamini, carissimi. (1) La invitación es amorosa. ¿Quién dejará de aceptarla con muestras de gratitud sino el impío, el indiferente, el de dura cerviz y de corazón incircunciso? Anda, vuelve á decir con acento de ternura el Salvador, anda y come tu pan con alegría, y bebe gozoso tu vino. (2) Si; es nuestro pan la carne del Hijo de y Dios nuestro vino su precioso sangre. Esos son los sabrosísimos y delicados manjares con que el Hijo de Dios regala nuestras almas en el espléndido festín eucarístico que es la admiración de los ángeles, delicia de los reyes, exaltación de los humildes, fortaleza de los débiles, escudo de los fuertes, y consuelo de los pobres. Los que responden con prontitud á la invitación de Jesucristo, los que comulgan con frecuencia y reciben el divino manjar con fé viva y limpieza de corazón, ¿quién puede comprender los bienes que reciben, las delicias que gustan y los tesoros de felicidad que acumulan en su espíritu para el día de las eternas recompensas? Pero ¿qué sucede? Todos son invitados, *vocavit multos*; pero ¿cuántos son los que asisten al convite? ¡Ah! el mundo no quiere oír palabras de amor ni palabra de corrección en forma de amenaza. Así va corroido el vicioso, cubierto de lepra, esclavo de pasiones vergonzosas, que sólo producen amarguras de espíritu con remate de confusión. Los intereses, las diversiones y los placeres ocupan la aten-

(1) Cant. V.

(2) Eccle. XIV.

ción de las gentes, y la mesa eucarística está desierta y abandonada.

El convite está preparado, suena la voz de Dios, á todos se comunica la órden de Jesús en forma de amorosa invitación, van y vuelven sus ministros, repiten el mandato, ruegan, instan, amenazan, intiman una y otra vez á todos los cristianos el mandato de Jesucristo, exponer la eficacia y necesidad de la Santísima Eucaristía para tener vida y no morir de muerte desventurada y eterna, y la mayoría de los cristianos no responden al llamamiento, no asisten al convite más que una vez al año, y como los convidados de la parábola se excusan, diciendo los unos: He comprado una granja y no puedo asistir: te ruego me tengas por excusado. Alegan otros: he comprado cinco yuntas de bueyes y voy á probarlas: te ruego me tengan por excusado. Y dicen los últimos: He tomado mujer y no puedo ir allá: te ruego me tengas por excusado. La soberbia, la avaricia y la lujuria, hé aquí las pasiones dominantes, las tres insaciables concupiscencias del mundo moderno, los tres ídolos del corazón humano, los tres vicios degradantes que impiden á los cristianos de nuestros días el cumplimiento de una ley tan sagrada como la de asistir con frecuencia al convite eucarístico, como la de satisfacer esa necesidad indispensable del alimento divino sin el cual no podemos vivir ni salvarnos. Pues bien; hé aquí la sentencia que ha pronunciado el juez eterno é inexorable, y os digo que faltarán los cielos y la tierra, pero no faltará el cumplimiento de la palabra divina: *Dico autem vobis quod*

nemo vivorum illorum qui vocati sunt, gustabit cenam meam. Os digo en nombre de Dios que ninguno de esos hombres gustará mi cena. No hay salvación para los indiferentes, no hay cielo para los rebeldes, no hay asiento en el banquete de la gloria para los ingratos.

No hablo ahora con los impíos con los enemigos de Dios y de su Cristo, con los que no confiesan ni comulgan y blasfeman de lo que ignoran. No hablo con estos desgraciados que corren desbocados al abismo de su eterna perdición. Hablo con los cristianos que conservan la herencia de la fé, y no obran de acuerdo con sus creencias, hablo con los cristianos que sólo comulgan una vez al año y se forjan la ilusión de que con eso basta para no incurrir en la pena eterna decretada por el padre de familias. ¡Oh qué ceguedad tan funesta! Oid oid. Dos vidas hay en vosotros, la vida del cuerpo y la vida del alma, y cada una de estas vidas ha menester de un alimento propio, adecuado á su naturaleza. Para conservar la vida del cuerpo dispuso el Señor un banquete espléndido, el banquete de la creación donde tienen asiento todos los vivientes y en medio de todos ellos el hombre, rey del Universo. Y decidme ahora vosotros, los que comulgais una vez al año: ¿cumpliríais el mandato de Dios criador, no asistiendo más que una vez en todo el año, al banquete de la naturaleza? ¿Gozaríais de buena salud, tendríais fuerza, podríais vivir la vida natural, la vida del cuerpo, tomando alimento una sola vez al año? Para conservar la vida del alma dispuso Jesucristo la gran cena eu-

carística y en ella nos dá el alimento misterioso de su cuerpo y de su sangre. Tan necesario es este alimento á la vida del alma como el sustento material á la vida del cuerpo. El que come este pan, os dice Jesucristo, vivirá eternamente. En verdad, en verdad os digo que sino comulgais con frecuencia no podeis tener vida en vosotros mismos. Repitamos la sentencia de Jesucristo, sentencia de exclusion, sentencia de condenacion eterna: Os digo que ninguno de los que han sido llamados y no quieren venir, gustará las eternas delicias que tiene preparadas en el eterno festin de su gloria.

Oid vosotros con dócil oído el llamamiento de Dios. *Surge et comede.* Levantáos, acudid, que os llama Dios y cuando Dios llama, hay que responder. *Surge et comede.* Levantaos y comed ese pan, traido del cielo que os dará fuerzas para caminar por el mundo como Elias por el desierto hasta que llegueis á la cumbre dichosa del monte santo, el Oreb de la gloria. Amen.

UN REQUIEM Y UN DOTE.

En el barrio de San José de Viena, tenia una tienda de curiosidades antiguas y modernas el honrado Jorge Rutler.

Todas las semanas iba á ella un señor extremadamente pálido; com-praba alguna bagatele, y se divertia en jugar con los niños de Jorge, siendo esta la única distraccion que se daba.

Este sugeto era bien conocido sin que se le preguntara su nombre.

Una mañana, oyendo á Jorge recomendar á sus hijos el mayor silencio, supo que la señora Rutler acabada de dar á luz su duodécimo hijo.

—Jorge dijo el pálido señor, ¿teneis padrino para él?

—¡Ah, señor! los padrinos nunca faltan á los ricos; pero yo soy pobre, y no se quien apadrinará á mi recién nacida.

—Pues bien, yo lo seré, pero le pondremos el nombre de Gabriela.

—Como gustéis.

—Os entrego cien florines para los gastos; yo no quiero ocuparme de nada. Aquí teneis las señas de mi casa, me avisareis cuando todo esté dispuesto.

—¡Ah, señor! ¿cómo podré pagar tanta bondad?

—Concediéndome una gracia, que es la de dejar que toque un momento este piano.

—Tocad todo lo que gustéis.

—Tengo en mi mente una idea que bucababa hace mucho tiempo para terminar una composicion musical; si no la ensayo, temo olvidarla.

El buen Rutler coloca un taburete cerca del piano; el huésped se sienta, abre el instrumento; preludia y recorre despues la clave con mano maestra.

La gente que pasaba por la calle se detenia á la puerta de la tienda, el encanto obraba hasta en los pequeños niños de Rutler y de tal manera conmovian los acentos de la composicion, que los circunstantes lloraban.

Sin prestar atencion á cuanto pasaba en torno suyo, en el momento en que juzgó por sí mismo el efecto de su inspiracion, tomó una hoja de papel, escribió algunas notas, se le-

vantó con las mejillas más animadas que de costumbre, y se despidió.

El músico era *Mozart*.

A los tres días Rutler corre á la casa que se le había indicado, y queda pasmado al ver un féretro á la puerta.

Mozart ya no existía: al dejar la casa de Rutler, y llegado á su habitación, puso en limpio su inspiración, y respiró libremente cual si saliera de una pesadilla: dos meses se cumplían ya desde que inútilmente luchaba para terminar su inmortal *Requiem*, y sacando su inseparable *Rosario*, comenzó á rezar su Corona á la Santísima Virgen en acción de gracias, pues tanta confianza en ella tenía que, según escribía á su madre, antes de estrenar algunas de sus composiciones, rezaba el Santo Rosario, á fin de lograr que fuera bien aceptada del público.

Rezado el *Rosario*, sintióse indispuerto, mandó á buscar el médico y un sacerdote; al tercer día Mozart era ya cadáver, habiendo tenido la muerte del justo.

Jorge vuelve á su casa triste, sollozando, y contempla con acerbo dolor el piano.

La niña fué bautizada con el nombre de Gabriela, y cuando la anécdota circuló, los curiosos iban á contemplar el piano tocado por el príncipe de la música alemana.

Al fin el piano fué vendido en cuatro mil francos, que formaron el dote de Gabriela.—P.»

La Virgen recompensa con usura los obsequios de sus devotos. El Rosario es la devoción que más agrada á la Señora. Los reyes cristianos rezaban el Rosario y acometían gran-

des empresas. Los Santos subían á la cumbre de la perfección por la escala del Rosario, los sábios hallaban en él luces divinas, y los artistas el fuego de la inspiración. Rezad el Rosario y tendreis el auxilio de Dios y el amparo de María.

EFICACIA DEL AVE MARIA.

Mons. Dupanloup contaba á sus oyentes el siguiente rasgo: «Me acuerdo de haber encontrado una vez en mi vida un ejemplo de la eficacia del *Ave Maria*, que no olvidaré jamás. Era al lado de un lecho de muerte, recogiendo y bendiciendo el último suspiro de una jóven á quien yo había preparado para hacer su primera comunión. Tenía la costumbre de no preparar á ningún niño á la primera comunión sin recomendarle al ménos la fidelidad á esta sencilla y poderosa oración, el *Ave Maria*. Esta jóven (apenas tenía veinte años y hacia poco más de uno que había bendecido su casamiento), desde su primera comunión, había sido muy fiel á mis consejos, y también, según otra de mis recomendaciones, recitaba todos los días algunas decenas del Rosario, y hacia cuatro años todo entero. Hija de uno de los antiguos mariscales del imperio, y de los más célebres, adorada de un padre, de una madre y de un marido, rica, jóven, brillante, feliz, en fin, por haber dado á luz á un hijo. Y bien ¡en medio de toda esta dicha presente y de estos sueños de porvenir, de pronto, á los veinte años es menester morir!!!

Acaba de ser madre, herida por una de esas enfermedades inexora-

bles de las que no se salva nadie....
 ¡¡Es menester morir!! Yo entré. Su madre estaba desolada, su marido desesperado, su anciano padre abrumado más aún que su madre; esto no es raro: he reparado más de una vez en los grandes dolores que las mujeres cristianas, á pesar de una gran sensibilidad, sobrellevan con más valor su pena que los guerreros más valientes. Entré, pues, á través de todos estos dolores y no sabia como dirigirme á la enferma. Me quedé atónito cuando me acerqué á la cama y la ví con la sonrisa en los labios. ¡Sí; esta jóven que iba á ser arrebatada tan de pronto á todas las esperanzas mas brillantes, á toda la felicidad más legítima, á todos los afectos más tiernos, más vivos, más puros, me sonrió! La muerte se adelantaba á paso de gigante; lo sabia, lo sentia; hasta tenia un brillo en el rostro que revelaba que estaba próxima; y se sonreia con cierta tristeza dulce, en la que sobrenadaba la alegría. No pude menos de decirle:

—¡Oh hija mia, qué golpe!

Y ella, con un acento inexplicable:

—¡Es que no creéis, padre mio (me dijo), que iré al cielo?

—Hija mia (le respondí); tengo mucha esperanza.

—Y yo (replicó ella), estoy casi segura.

Le dije:

—¿Qué es lo que os dá esta seguridad?

—La tengo por un consejo que me habeis dado hace tiempo.

—¿Y cuál es ese consejo?

—Cuando hice mi primera comunión, nos habeis recomendado que

dijéramos todos los dias el *Ave María*, y decirle bien. La he dicho todos los dias, y tambien desde hace cuatro años, no he faltado un sólo dia en rezar mi rosario. Y por esto estoy casi segura que iré al cielo.

—¿Y por qué?—le dije yo.

—No puedo creer (añadió ella con gravedad), y éste pensamiento no me deja desde el momento que lo he tenido; no puedo creer que habiendo dicho desde hace cuatro años cincuenta veces todos los dias el *Ave María* á la Virgen Santísima, en este momento en que voy á morir, no esté Ella á mi lado. Está, estoy segura de ello; pide por mí, y Ella es la que me va á introducir en el cielo.

Hé aquí lo que me dijo esta jóven, y presencié entonces un espectáculo que nadie podrá retratar: una muerte verdaderamente celestial. Vi una tierna y débil criatura, arrebatada en la flor de su edad á todo lo que es felicidad en este mundo, dejando en la tierra un padre, una madre, un marido que la adoraba, un pobrecito niño, prenda tan deseada y tan querida; dejando todo esto, no sin lágrimas, pero sí con una radiante serenidad; consolando á sus ancianos padres, bendiciendo á su pobre niño, animando á su marido; y, en medio de todos estos lazos que se rompian, de todos estos abrazos que ensayaban vanamente retenerla, no viendo otra cosa que el cielo, no hablando más que del cielo; y su último suspiro ha sido una sonrisa á la gracia y á la gloria eterna...

Este recuerdo es para mí inefable.

Nosotros añadiremos que en ningún pueblo es más antiguo ni frecuente el uso de esta salutacion an-

gética que en España, pues desde tiempo inmemorial, se ha acostumbrado saludar al entrar en una casa, diciendo *Ave María Purísima*, y contestando sus moradores ó circunstantes *Sin pecado concebida María Santísima*, y en muchas casas especialmente en el campo, se ve junto á la puerta un azulejo con la inscripcion *Ave María*. Aunque los *espíritus fuertes* que están de moda, procuren alejar semejante salutacion, los católicos debemos procurar conservarla. (*Correo Catalan.*)



DOS VICTORIAS EN UN SOLO COMBATE.

A mediados del siglo XIII, centuria gloriosa por sus santos y sabios, vivia en Montcornillon, cerca de Lieja una religiosa hospitalaria de nombre Juliana, devotísima del Santísimo Sacramento. Desde los diez y siete años de edad, esta santa mujer tuvo que luchar con la imagen de luna llena, pero aportillada que se apoderaba de su mente apenas se ponía en oracion. Durante algunos años fué víctima de esta vision, pero al fin suplicó á Dios, temerosa, que le aclarase aquel misterio y el Señor se dignó revelarle por medio de voz interior y secreta, que aquel portillo en la luna llena significaba la falta en la Iglesia de una festividad instituida en honor de la sagrada Eucaristía, recibiendo á la vez orden y encargo de promover dicha institucion.

Fué consultado el caso con Santiago Pantaleon, entonces arcediano de Lieja, y otros personajes ilustres, de ciencia y virtud reconocidas, to-

dos los cuales opinaron que se debía acceder á la indicacion de Juliana, y en 1245 el obispo de Lieja instituy ó para su diócesis la fiesta del Santísimo Sacramento.

Seis años despues, Hugo de Saint-Cher provincial de los dominicos y legado de Alemania, hizo extensiva tan solemne festividad al territorio entero de su leccion.

Pero como hasta las cosas mas santas tienen contradictores, sacerdotes hubo que rechazaron la nueva solemnidad religiosa, en atencion sin duda á su procedencia.

Jesucristo Nuestro Señor Sacramentado, que se ha servido muchas veces de los pequeños para la realizacion de cosas grandes, quiso en fin que el arcediano Santiago Pantaleon ascendiese á las alturas del sólo pontificio con el nombre de Urbano IV; y como profesaba igual devocion que la humilde Juliana al Sacramento de amor, resolvió extender á la Iglesia universal la fiesta del Santísimo.

Encargó la composicion del indispensable oficio á los dos más grandes Doctores de su tiempo, sabios y santos que brillan hoy en el cielo de la Iglesia triunfante, como astros de primera magnitud y eran entonces preciado ornamento y orgullo legitimo de las órdenes perinclitas de predicadores de Santo Domingo de Guzman y de Menores de San Francisco de Asis.

Cumplieron como buenos tan honroso encargo los discípulos celeberrimos de Alberto Magno y Alejandro de Hales; y una vez en presencia del Romano Pontífice Urbano IV, dió comienzo el combate literario. Ordenó el Papa al Doctor An-

gético Santo Tomáo de Aquino, que empezase la lectura de su trabajo, y aquel buey mudo de Sicilia, cuyos mugidos, segun frase profética de su maestro Alberto Magno, habian de resonar en todo el mundo, desató sus lábios y leyó ese admirable *Oficio* compuesto de prosa, salmos é himnos, que actualmente reza y canta la Iglesia, emporio de los más altos conceptos teológicos, unidos al amor más acendrado y sublime y expresados unos y otros por medio de las más severas armonias poéticas.

El humildísimo Doctor Seráfico San Buenaventura, que era el competidor de Santo Tomás en virtud de teminante orden, escuchaba lleno de asombro, y movia rápidamente sus dedos debajo del pobre y ceniciento sayal.

Cuando recibió orden de leer su trabajo, sacudió modestamente el hábito y los pedacitos de su *Oficio* cayeron á los piés del Papa, el cual aplaudió tanta humildad; adoptó el *Oficio* de Santo Tomás y en 1263 publicó una Bula instituyendo para toda la cristiandad la fiesta solemnísima del Santísimo Sacramento y ordenando que se celebrase todos los años el primer jueves despues de la Octava de la pascua de Pentecostés.

Uno fué el combate y dos las victorias. La ciencia fué coronada en el Doctor Angélico y la humildad en el Doctor Seráfico.

M. POLO Y PEIROLÓN.

(De la *Revista de Alcoy*).

VARIETADES.

En toda la provincia del Rhin se celebran reuniones de católicos. Ade-

más de las que han tenido lugar últimamente en Colonia y Dortmund, se anuncian otras en Crefeld y otros puntos, siendo el objeto de todas ellas protestar contra la inícuá sententencia contra la *Propaganda* y suscribir mensajes de adhesión á Su Santidad.

Dice la revista romana intitulada *Il Divino Salvatore* que la Encíclica de Su Santidad acerca de los francmasones ha sido muy bien recibida en la Corte y en los círculos de San Petersburgo. Créese que los periódicos recibirán la orden de reproducirla.

En Suiza ha ocurrido un hecho de grandísima importancia. Doce estudiantes de la Universidad de Upsal han adjurado el protestantismo, convirtiéndose á la fé católica. Este hecho, confirmado oficialmente por el *Tyris*, periódico de Upsal, y por los principales de Suiza y Noruega, es tanto mas notable por haber ocurrido estas conversiones poco despues del centenario de Lutero.

Estos doce estudiantes convertidos han seguido el ejemplo de un ministro luterano de Suecia, que hará unos dos años tuvo el valor de dar su dimisión y renunciar á una rica asignacion para entrar en el seno de la Iglesia católica. Nada fué bastante á detenerlo en su generosa resolucion, ni los ruegos de sus amigos ni las necesidades de su familia, ni el porvenir material de sus hijos. Tan nobles ejemplos ejercerán grande influencia, principalmente en la parte instruida de la poblacion.

Imp de LA FIDELIDAD CASTELLANA.